

1245

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

25 AÑOS

Viernes 28 de agosto, 2026

ISSN-3061-7391

DEL PUNK AL HARDCORE

Rodrigo Del Villar Valdivia





Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1245, 28 de agosto de 2026, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editores responsables: Lorena Reyes Castañeda.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN-3061-7391, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsables de la última actualización de este número: Lorena Reyes Castañeda.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos.

Fecha de última modificación: 28 de agosto de 2026.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Lorena Reyes Castañeda

Marcela Tostado Gutiérrez

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Taite Beatriz Ariza Rodríguez

Apoyo editorial

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada:

Henry Rollins of Black Flag, UCLA Library Special Collections, EUA, 1983. Tomado de: <https://goo.su/4hsRzVJ>

Crédito contraportada:

Pete Morcey of Blood for Blood performing at Brooklyn Monarch. Fotografía: Forssto, 2026. Tomado de: <https://goo.su/LpvJD8>

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [i](#) [y](#) [t](#) /Centro INAH Morelos

Resumen

Este trabajo analiza la diferenciación interna del hardcore punk (HC punk) o simplemente hardcore (HC) estadounidense como género musical, escena cultural y formación social. A partir de una genealogía que va del punk de finales de los años setenta al hardcore de los ochenta y sus ramificaciones posteriores, el texto muestra cómo el HC adquirió autonomía estética, ética y organizativa frente al punk, sin romper completamente con sus orígenes.

En este texto examinamos el papel del DIY —*do it yourself* o "hazlo tú mismo" como una infraestructura material y simbólica fundamental para el sostenimiento del hardcore. Más que un simple principio ético, el DIY articula redes de colaboración, sellos independientes, fanzines, conciertos y diversas formas de pertenencia colectiva, en estrecha relación con varias escenas subterráneas.

Asimismo, proponemos el concepto de "escena", en lugar de "subcultura", porque como veremos más adelante, permite atender con mayor precisión a la dimensión local, relacional, móvil y conflictiva del hardcore. Mientras que la noción de subcultura puede sugerir la existencia de un grupo relativamente homogéneo, estable y delimitado, el concepto de escena permite observar articulaciones más flexibles entre actores, espacios, prácticas, discursos y circuitos de circulación. Este enfoque resulta especialmente útil para analizar tanto las formas de cooperación y pertenencia como las tensiones, disputas y jerarquías que atraviesan la producción colectiva del hardcore.

Desde las ciencias sociales, y en especial desde la sociología, el texto analiza la escena hardcore como un espacio donde se construyen normas, vínculos de solidaridad, formas de identidad y mecanismos de distinción. Mediante conceptos sociológicos contemporáneos y clásicos es posible establecer que la escena no sólo da a sus integrantes sentido de pertenencia, sino que también produce jerarquías, exclusiones y disputas sobre quién puede pertenecer y quién no. El texto cierra con una tensión central del hardcore: su relación con la visibilidad y el mercado. Aunque la escena o el género circula como producto cultural, eso no significa que pierda automáticamente su capacidad para marcar diferencias, construir identidades y crear comunidad.

Rodrigo Del Villar Valdivia

Estudiante del doctorado (2022-2026) en Ciencias Sociales en el área de estudios regionales en el Colegio de la Frontera Norte (El Colef), becado por SE-CIHTI. Maestro en Sociología por la Universidad Iberoamericana, CDMX, A.C. y licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana (unidad Azcapotzalco).

Líneas de investigación: gobernanza, salud en contextos migratorios, desigualdades sociodemográficas, escenas musicales y procesos de diferenciación social en contextos juveniles y urbanos.

Publicaciones: "Programa de Acción Diferida para los Llegados en la Infancia a Estados Unidos", publicado en Quid Iuris, núm. 64, revista del Tribunal Estatal Electoral de Chihuahua.

DEL PUNK AL HARDCORE:

genealogía, escenas y
diferenciación interna.



RODRIGO DEL VILLAR VALDIVIA

Nota de posicionamiento metodológico

Este texto no pretende ser una obra definitiva sobre el hardcore punk —HC—, sino una aproximación situada a una escena compleja, cambiante y atravesada por tensiones internas. Parte de una investigación realizada mediante observación participante durante al menos cuatro años de asistencia constante a conciertos en el sur de California, particularmente en el corredor que va de San Diego a Orange County y Los Ángeles. Esa presencia continua, permitió observar no solo a las bandas, sino también al público, los espacios, los códigos de comportamiento, las formas de pertenencia, las jerarquías informales y los conflictos que organizan una comunidad musical que, vista desde fuera, suele reducirse al ruido, la agresividad sonora o la violencia de sus bailes característicos.



*Blood for blood, [Revisado 20/07/2026]
<https://goo.su/1URwu5r>*

Mi acercamiento al punk y al hardcore comenzó en México, a principios de los años 2000, a través de compilaciones como *Give 'Em the Boot* y *Punk Uprisings Vol. 2*. En ellas encontré bandas como F-Minus, Nerve Agents, Union 13, Strife, Kill the Man Who Questions, Kill Your Idols y Lifetime, que mostraban desde entonces que el hardcore no era una sola cosa: podía ser político, melódico, caótico, disciplinado, rabioso, introspectivo o abiertamente confrontativo. Esa trayectoria personal no elimina la necesidad de distancia analítica; al contrario, obliga a examinar con mayor cuidado aquello que resulta familiar.

Escribo, por lo tanto, desde una doble posición: como alguien formado dentro del punk y el hardcore, y como investigador interesado en comprender sociológicamente sus escenas. No pretendo idealizar el hardcore, pero tampoco juzgarlo desde fuera. Me interesa analizarlo como un espacio social, cultural y político en el que se construyen comunidades, identidades y memorias, pero también conflictos, jerarquías, formas de masculinidad, disciplinas, disputas por la autenticidad y prácticas de resistencia.

El texto se concentra, en particular, en los procesos de diferenciación interna del hardcore, en sus formas de pertenencia y en las tensiones que atraviesan su relación con la ética, la individualización y el mercado. Para ello, presta especial atención a sus primeras subdivisiones, así como a las escenas, corrientes y sensibilidades en las que el género comenzó a fragmentarse.



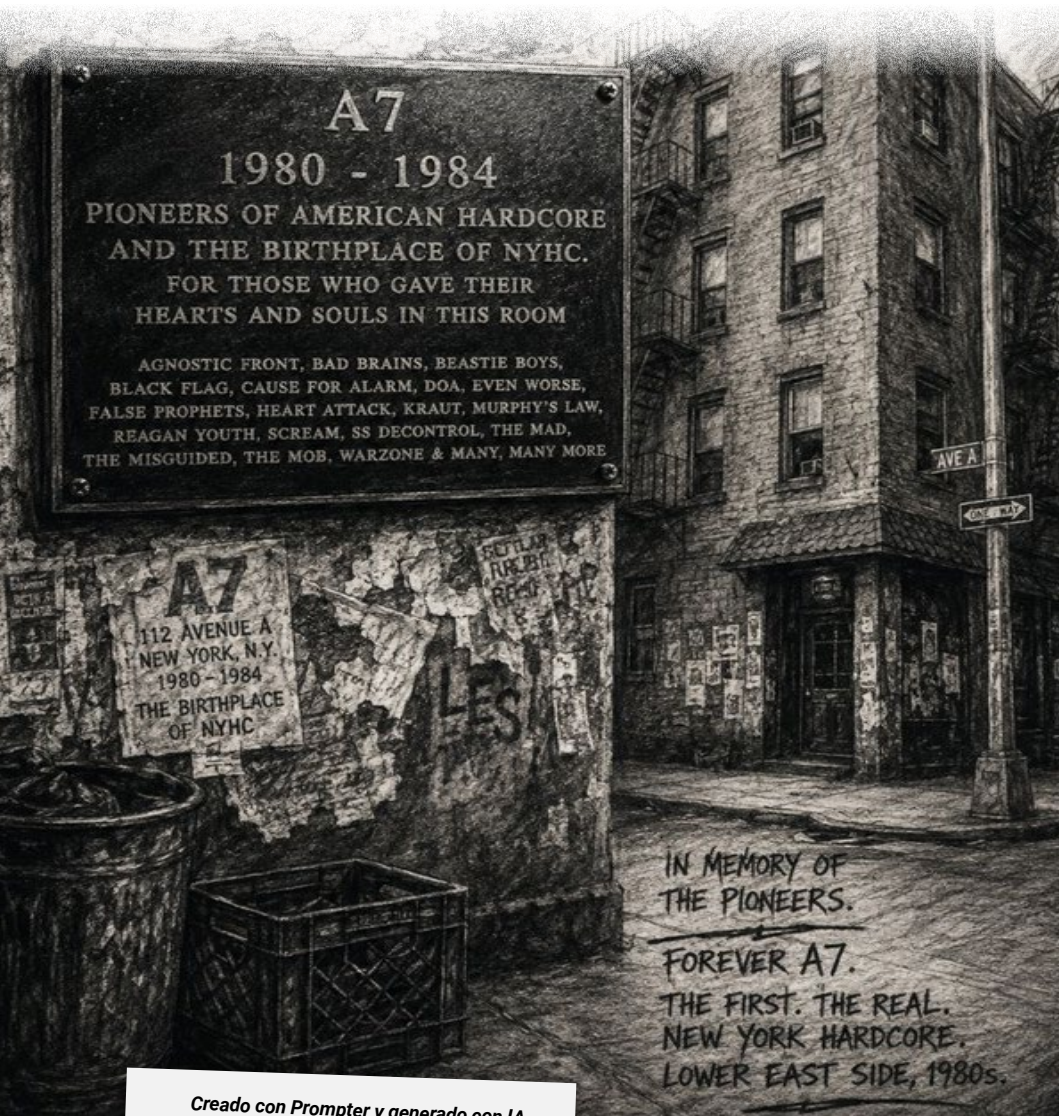
Genealogía del hardcore o hardcore punk estadounidense

En sentido amplio, el hardcore o hardcore punk —HC— es un género musical surgido del punk y posteriormente atravesado por intercambios con el heavy metal, el hip-hop y otras tradiciones musicales. Históricamente, se ha caracterizado por la velocidad, la distorsión, la intensidad corporal y una ejecución vocal agresiva. Aunque el enfoque de sus letras ha variado a lo largo del tiempo, se han articulado críticas al racismo, el machismo, el clasismo, la violencia del Estado, la marginalidad y otras formas de desigualdad. Asimismo, algunas bandas también cuestionaron las restricciones de acceso que excluían de determinados conciertos a los menores de 21 años. (Lorr, 2007).

El objeto del texto es observar la diferenciación interna del hardcore contemporáneo en Estados Unidos, a través de algunas escenas locales y corrientes seleccionadas por su continuidad histórica y su influencia trans-local. La genealogía que sigue, permite reconocer los repertorios estéticos, éticos y organizativos que continúan estructurado la pertenencia y las disputas actuales.

En la sociología contemporánea el hardcore puede ser interpretado como una radicalización estética, corporal y organizativa del punk. Este último se consolidó en Nueva York alrededor de 1975, en espacios como el A7 o el CBGB¹ con bandas como *Ramones* o *Television* y artistas como Patti Smith, y adquirió una mayor visibilidad cultural y mediática en Gran Bretaña entre 1976 y 1977.

1. CBGB, siglas de *Country, Bluegrass and Blues*, fue un club del barrio neoyorquino del Bowery que, desde mediados de la década de 1970, se convirtió en uno de los principales puntos de encuentro del punk. Aunque espacios como A7 fueron decisivos para el desarrollo posterior del hardcore, el CBGB permaneció como uno de sus referentes históricos y simbólicos.



Creado con Prompter y generado con IA.



Creado con Prompter y generado con IA.

Hacia finales de esa década, el hardcore comenzó a configurarse a lo largo y ancho de los Estados Unidos. El sur de California fue uno de sus núcleos principales, junto con Washington, D. C., Boston, Nueva York y otras redes locales. Este nuevo género conservó el antiautoritarismo y la ética DIY —*do it yourself*, o hazlo tú mismo— del punk, pero acentuó la velocidad, la intensidad, la expresión de ira y la frustración juvenil, junto con una preocupación creciente por la autenticidad.

Por su parte, el periodista y cronista musical Steven Blush (2010) sostiene que el hardcore no puede reducirse a un conjunto de convenciones de sonido: también constituye una red de participantes, bandas, espacios y prácticas compartidas. Entre estas últimas destacan rituales corporales y formas específicas de baile, como el slam y el mosh (Tsitsos, 1999), así como prácticas autogestionadas de producción y circulación cultural.

Desde una perspectiva más periodística y testimonial que teórica, Blush describe esta escena como "tribal" (2010, p. 47) para dar cuenta de la intensidad que adquirió el sentido de pertenencia durante los años ochenta. Su caracterización permite observar que el HC funcionó como un espacio de socialización para jóvenes que experimentaban alienación², desencanto o distancia frente a la cultura dominante. La pertenencia se construyó mediante la lealtad, el DIY, los rituales corporales, la identificación local y los códigos de autenticidad.

A pesar de marcar cierta distancia con el punk, el hardcore conserva sus raíces en él. Surge de un momento histórico específico: el agotamiento de la primera ola del punk, tanto neoyorquina como londinense, la comercialización del new wave, la alienación suburbana, la política de la era Reagan y la demanda juvenil de una expresión más directa y agresiva. Blush (2010) distingue tres momentos: el punk y la new wave como trasfondo entre 1976 y 1980; una fase temprana del hardcore o su etapa de transición (proto-hardcore) entre 1978 y 1980; y la consolidación del hardcore estadounidense entre 1980 y 1986. Dentro de ese proceso, el sur de California —especialmente Los Ángeles, Hermosa Beach, Huntington Beach, Long Beach y la zona costera del condado de Orange— constituyó uno de los núcleos decisivos desde los cuales el HC alcanzó una mayor visibilidad nacional.

2. La alienación se refiere a la experiencia de extrañamiento o separación respecto de nosotros mismos, de los demás o del entorno social. También puede manifestarse como una sensación de falta de pertenencia, pérdida de control o distancia frente a las normas y valores dominantes.





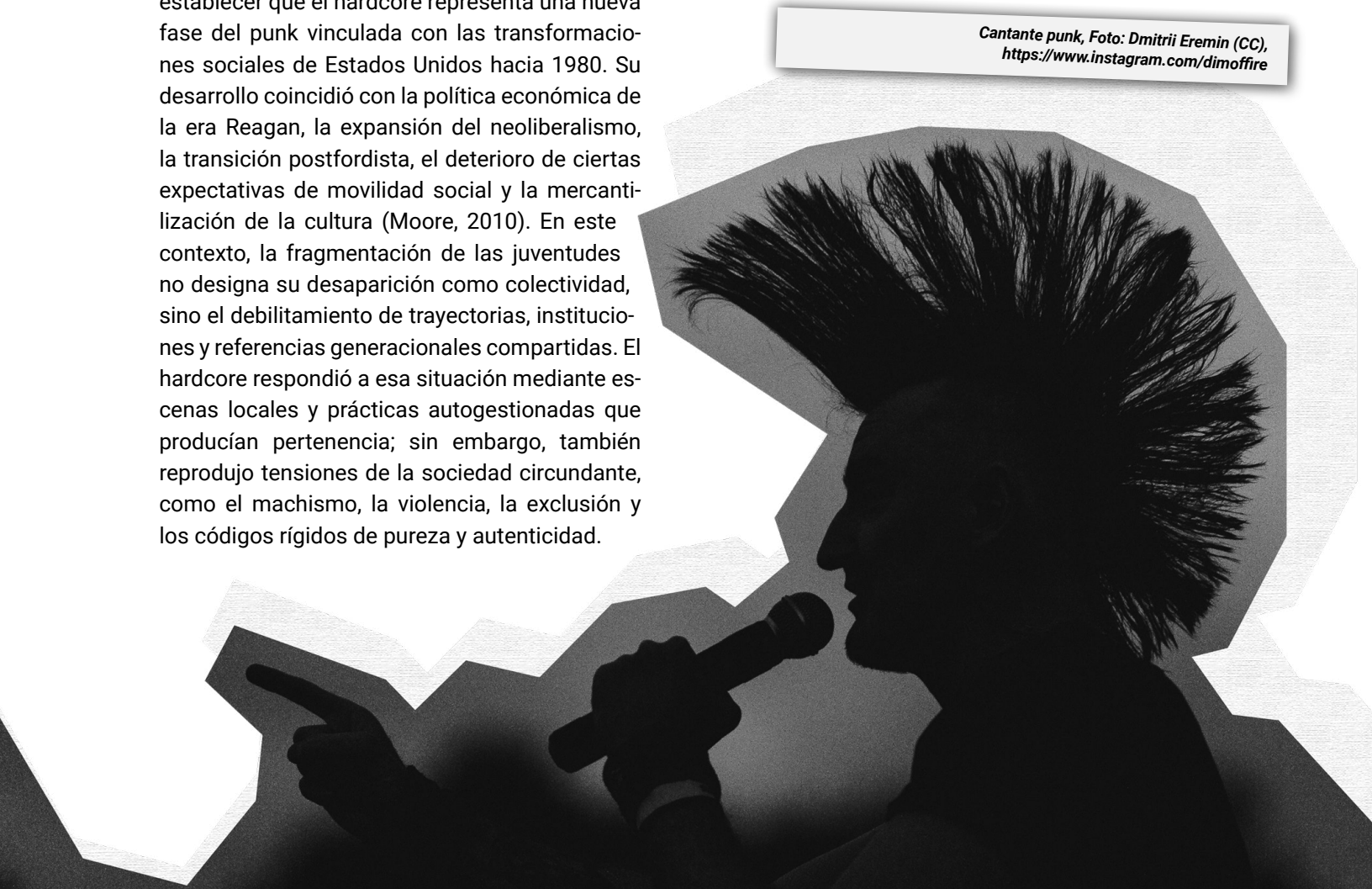
Kuhn (2010, 2019) señala que, en EE. UU., el término *hardcore* funcionó inicialmente como sinónimo de *punk*. No obstante, entre finales de la década de 1970 y mediados de la de 1980 adquirió una relativa autonomía como género y como formación escénica. El HC adoptó una estética visual más austera que la del *punk* británico y modificó varios de sus repertorios artísticos. Su importancia histórica radica en haber sentado las bases para formaciones posteriores de distinta naturaleza: subgéneros musicales, corrientes éticas, intervenciones políticas e identidades colectivas. Entre ellas se encuentran el *straight edge* (sXe), el *vegan straight edge*, el *krishnacore* y diversas articulaciones radicales, feministas y *queer* (Kuhn, 2010, 2019).

En la perspectiva estructural, se puede establecer que el *hardcore* representa una nueva fase del *punk* vinculada con las transformaciones sociales de Estados Unidos hacia 1980. Su desarrollo coincidió con la política económica de la era Reagan, la expansión del neoliberalismo, la transición postfordista, el deterioro de ciertas expectativas de movilidad social y la mercantilización de la cultura (Moore, 2010). En este contexto, la fragmentación de las juventudes no designa su desaparición como colectividad, sino el debilitamiento de trayectorias, instituciones y referencias generacionales compartidas. El *hardcore* respondió a esa situación mediante escenas locales y prácticas autogestionadas que producían pertenencia; sin embargo, también reprodujo tensiones de la sociedad circundante, como el machismo, la violencia, la exclusión y los códigos rígidos de pureza y autenticidad.

Esta diferenciación interna no debe confundirse con la fragmentación social de las juventudes. Mientras la segunda remite al debilitamiento de marcos colectivos externos, la primera expresa la multiplicación de posiciones, sonidos y códigos dentro de una pertenencia compartida.

Respecto a la perspectiva etnográfica, quienes participan en estas escenas no actúan únicamente como asistentes, sino que producen colectivamente su identidad mediante prácticas, discursos e interacciones (Haenfler, 2006). Los conciertos son especialmente relevantes porque en ellos se negocian criterios de pertenencia, se actualizan rituales y se experimenta corporalmente la relación con el grupo. En este sentido, no constituyen simples espacios de entretenimiento, sino momentos de producción y reconocimiento colectivo.

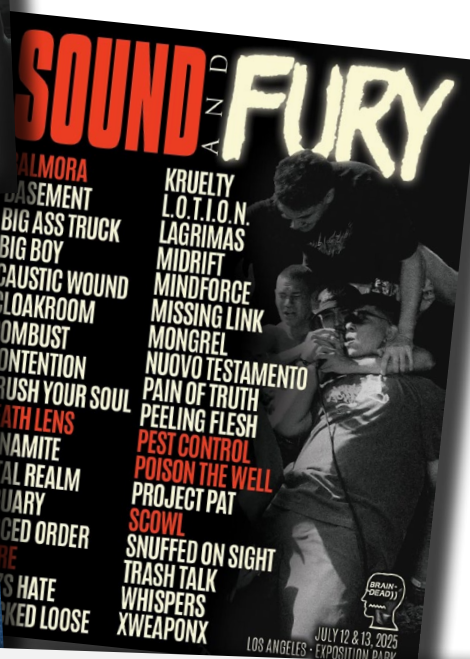
*Cantante punk, Foto: Dmitrii Eremin (CC),
<https://www.instagram.com/dimoffire>*



En algunas escenas estadounidenses contemporáneas, los festivales de hardcore muestran una porosidad estilística selectiva. Por ejemplo los carteles del festival *Sound and Fury*, en California; FYA, en Florida; y LDB, en Kentucky, reúnen bandas de hardcore con proyectos vinculados al metal extremo, el emo, el post-hardcore, variantes de pop punk con breakdowns, el indie e incluso el hip-hop.

Esta adyacencia sugiere una segmentación de circuitos: aunque el hardcore conserva una genealogía punk, sus públicos, promotores, repertorios y criterios de legitimidad se han distanciado parcialmente de los espacios donde circula el canon punk de las décadas de 1980 y 1990, especialmente el circuito californiano asociado con sellos como *Epitaph* y *Fat Wreck Chords* y con bandas como NOFX, Lagwagon, Good Riddance, Pennywise, Descendents o Face to Face.

Si bien esta separación no implica necesariamente una ruptura histórica, puede observarse como la autonomización de la escena que en la actualidad seleccionan afinidades distintas. De manera paradójica, el hardcore contemporáneo parece más dispuesto a compartir espacio con expresiones estilísticamente más lejanas cuando existen públicos, prácticas y redes de circulación comunes, mientras mantiene cierta distancia frente a géneros históricamente próximos que hoy operan en otros circuitos musicales.



Cartel Sound & Fury Festival 2024. <https://soundandfury.la/>
 Cartel Sound & Fury Festival 2025. <https://soundandfury.la/>
 Cartel FTCH, Los Angeles, EUA, 2025. <https://goo.su/VhfJT4>

El subgénero o escena derivada del hardcore, el straight edge (sXe) ofrece un ejemplo claro de cómo una corriente interna puede adquirir identidad propia sin separarse por completo de su predecesor. El sXe surgió en la escena de Washington, D. C., y tomó su nombre de la canción "Straight Edge" de Minor Threat, de 1981. Estudiosos de las ciencias sociales explican que la "X", utilizada inicialmente para identificar a los menores de edad a quienes no se les permitía comprar alcohol en los conciertos, fue resignificada como símbolo de abstinencia voluntaria. De este modo, una marca de exclusión se convirtió en un emblema ético y colectivo.

En conjunto, el hardcore surgió del punk, pero pronto adquirió suficiente autonomía para convertirse en una matriz de nuevas corrientes, escenas y subgéneros.

Esta expansión no supuso una ruptura completa con sus orígenes, sino un proceso de diferenciación interna sostenido por prácticas, valores y formas de organización compartidas. Uno de los principios que hizo posible esa continuidad fue el DIY: autogestión e infraestructura de la escena (Haenfler, 2004).

El DIY —do it yourself o «hazlo tú mismo»— constituye el principio práctico que conecta el sonido del hardcore con su forma de organización social. A través de él es posible comprender cómo el hardcore dejó de ser únicamente un género musical y se convirtió también en una escena capaz de producir y sostener sus propios circuitos culturales. Desde las ciencias sociales esta práctica se ha interpretado como una alternativa a los modelos convencionales, masificados y mercantilizados de producción cultural (Bennett & Guerra, 2019).

En Estados Unidos, uno de los usos más extendidos del término «hazlo tú mismo» estuvo inicialmente asociado con las mejoras del hogar, las reparaciones domésticas y la experimentación técnica en los suburbios (Waksman, 2004). Este imaginario de autosuficiencia se vincula, en buena medida, con hombres blancos de clase media, el trabajo manual y determinadas formas de afirmación de la masculinidad. Sin embargo, a mediados de la década de 1970, el punk resignificó el DIY en una clave cultural y política, desplazándose del ámbito doméstico hacia la producción autónoma de música, medios y espacios de sociabilidad.

Creado con Prompter y generado con IA



En este nuevo contexto, ya no se trataba únicamente de reparar objetos o realizar trabajos por cuenta propia, sino de producir música y construir canales independientes de circulación. En la práctica, esto implicó grabar y distribuir discos separados de las grandes compañías, crear sellos independientes, organizar conciertos, editar fanzines, habilitar espacios y tejer redes comunitarias. El DIY no fue una simple estrategia para trabajar con pocos recursos, sino la infraestructura material y simbólica que permitió a la escena sostenerse, reproducirse y reducir su dependencia de las instituciones culturales dominantes.

Al mismo tiempo, la autonomía generada por estos circuitos favoreció la aparición de diferencias internas. Estas pueden entenderse como una multiplicación de sonidos, pero también como procesos de individualización y de diferenciación social y cultural.

Corrientes como el straight edge o sXe introdujeron códigos éticos centrados en el autocontrol y el rechazo del alcohol y las drogas. Su posterior derivación espiritual, el krishnacore, surgió de la convergencia entre el straight edge estadounidense y el movimiento *Hare Krishna*. Ambos compartían prácticas como el veganismo, el rechazo de los intoxicantes y la regulación de la sexualidad, no obstante, el krishnacore incorporó además una concepción espiritual en el mensaje de la música.

Así, grupos como Shelter y 108 en mayor o menor medida conservaron la intensidad sonora del hardcore, pero reorientaron sus letras, performances y formas de vida hacia la conciencia de Krishna, la reencarnación, la entrega espiritual y la recitación del nombre divino. A estas corrientes se sumaron subgéneros como el crossover³ o el powerviolence (Van Loon, 2019), así como intervenciones identitarias LGBTQ+ como el queercore y el hardcore chicano y latino. Cada una de estas expresiones desarrolló códigos, valores, estéticas y criterios de autenticidad específicos, ampliando las posibilidades de la escena y, al mismo tiempo, haciendo más visibles sus fronteras internas.

En ese sentido, la escena funciona como espacio de pertenencia, pero también de separación. Une a quienes comparten determinadas prácticas y, al mismo tiempo, establece límites frente a otros públicos, estilos y maneras de interpretar el punk y el hardcore. Sus divisiones permiten observar cómo los participantes construyen identidades colectivas, disputan legitimidad, acumulan prestigio y negocian quién pertenece, quién ocupa posiciones periféricas y bajo qué criterios se reconoce la autenticidad. Esta relación permite analizar el hardcore como género musical y como una formación social.

3. El desarrollo del krishnacore mantuvo puntos de contacto con el crossover entre hardcore y metal. Un antecedente emblemático es el *Best Wishes* (1989), de Cro-Mags: el álbum suena metal + hardcore = crossover, con letras y arte del disco dedicados a la conciencia de Krishna y a la espiritualidad.

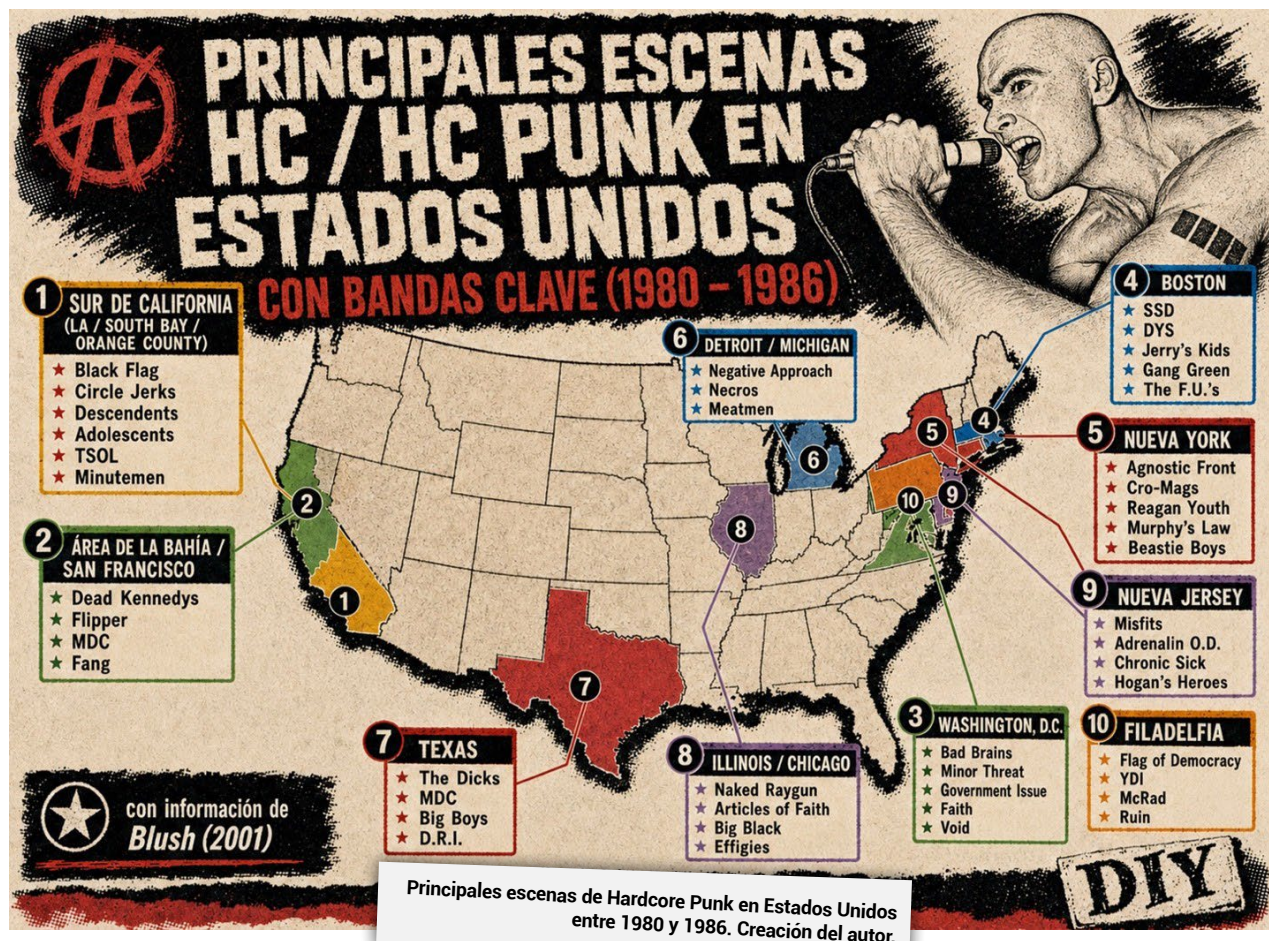


Imagen de [Krishnacore: A Soundtrack for the Age of Kali]
<https://goo.su/Ondyz>, revisado el 24 julio 2026.

Escena, subcultura y tribu: una posición analítica

Cabe señalar que el uso del término *escena* para analizar el *hardcore* no constituye una simple preferencia estilística. En primer lugar, responde a una forma de nombrar recurrente entre sus propios participantes. En segundo lugar, la literatura especializada lo ha empleado para referirse a la dimensión espacial, relacional y situada del *hardcore*: la *escena* californiana, la del New York *Hardcore* —NYHC—, la de Boston o la de Detroit, por mencionar algunas de las más relevantes. Hablar de *escena* no implica, por tanto, imponer una categoría externa al objeto de estudio, sino recuperar un término ampliamente utilizado por sus actores, los estudios culturales, la antropología, la sociología y el periodismo musical.

Por ello, *escena* resulta una categoría principal más adecuada para este análisis, aunque esto no supone descartar por completo la noción de *subcultura*. Esta última conserva una genealogía sociológica relevante, pues permite examinar las culturas juveniles en relación con la estructura social, el poder, la desviación y la acción colectiva. Sin embargo, con frecuencia se ha utilizado de manera rígida, como si designará grupos cerrados, internamente homogéneos y definidos por una única relación de oposición frente a la cultura dominante. El concepto de *escena*, en cambio, permite atender con mayor flexibilidad a las diferencias internas, las conexiones entre participantes y las particularidades de cada contexto local.



Históricamente la tradición sociológica de la Escuela de Chicago contribuyó a interpretar la desviación no como una patología individual, sino como un fenómeno producido en contextos sociales específicos (Hesmondhalgh, 2005). Su atención al espacio de las ciudades, las trayectorias biográficas, la observación etnográfica y los mundos sociales concretos permite comprender que Los Ángeles, Nueva York, Detroit o Boston no fueron simples variantes HC de una cultura homogénea. Cada ciudad expresó tensiones sociales y culturales particulares a través de sus participantes, espacios, promotores, vínculos de amistad, vecindarios e infraestructuras culturales.

En Europa, por otro lado, la tradición británica de los estudios subculturales introdujo posteriormente un cambio importante. Frente a las interpretaciones que presentaban a los jóvenes desviados como sujetos defectuosos o insuficientemente socializados, la Escuela de Birmingham entendió las subculturas como respuestas simbólicas a la clase, la dominación y el cambio social (Blackman, 2005, 2014). Este desplazamiento, permite interpretar las culturas juveniles como formas de resistencia y no únicamente como manifestaciones de criminales o desadaptados. Sin embargo, el gran problema de algunos de estos estudios tendió a presentar las subculturas como formaciones coherentes, con funcionamientos similares, excesivamente centradas en la clase, dominadas por experiencias mayormente masculinas y unificadas por su oposición a la cultura dominante.

Cuenta la leyenda que Hebdige, siendo uno de los principales exponentes de la escuela británica, publicó en 1979 su análisis profundo del punk desde esa perspectiva, elaborado, sobre todo, a una prudente distancia académica (Tsitsos, 1999) razón por la cual ha recibido numerosas críticas. Hasta donde sabemos, no se le vio necesariamente en medio de un concierto de Charged GBH —o simplemente GBH—, banda originaria, precisamente, de Birmingham. La observación tiene algo de anécdota, pero apunta a un problema importante de su método: una escena musical no se comprende únicamente a través de sus signos, estilos y discursos, sino también mediante las experiencias corporales y colectivas que la producen.

En otras palabras, el punk y el hardcore también se construyen en los conciertos locales, en las tocaditas: en la cercanía física, el canto colectivo, el sudor, los empujones y el baile. El señalamiento no busca restar valor al trabajo de Hebdige, sino recordar que ciertas dimensiones de una escena difícilmente pueden reducirse a la interpretación de sus símbolos desde el escritorio. Este último punto exige una precisión, pues dentro del punk y el hardcore el baile no constituye una práctica homogénea ni meramente recreativa.



Blood for blood, [Revisado 20/07/2026]
<https://goo.su/1URwu5r>

Desde las ciencias sociales, esta discusión también ha permitido cuestionar la idea de que las afiliaciones juveniles se mantengan estables o permanezcan por generaciones. Muchas cambian según los contextos, las trayectorias personales y las formas de participación. Sin embargo, reconocer esa fluidez no significa reducir la pertenencia a una simple elección individual de consumo. También es necesario atender a las estructuras sociales, las desigualdades, los conflictos y las relaciones de poder que atraviesan a estos grupos.

Asimismo, una escena puede representar una formación social en la que la música se relaciona con espacios, prácticas, infraestructuras, conflictos y formas de reconocimiento. Una misma escena puede contener posiciones políticas distintas, relaciones desiguales con el mercado, fronteras de género y diferentes niveles de participación. Por ello, no todas las escenas de hardcore cumplen la misma función ni generan idénticas formas de pertenencia.

A la discusión se agrega el término tribu con una precaución. La menciono porque se utiliza en el caso del hardcore, como lenguaje tribal por su intensidad afectiva y corporal de la experiencia: la lealtad, los rituales, la agresión, el localismo, los códigos compartidos y el conflicto.

A diferencia de la subcultura o escena, en este texto en particular lo tribal no representa un concepto formal. Más bien tribu se emplea de manera limitada para nombrar ciertas formas intensas de identificación y pertenencia.

En síntesis, escena constituye la categoría central para estudiar el hardcore; subcultura se conserva como parte de su genealogía teórica; y tribu se utiliza de forma descriptiva para referirse a la intensidad de algunas identificaciones colectivas. Esta delimitación establece la unidad de análisis y abre la siguiente cuestión: ¿Qué formas de regulación, solidaridad y jerarquía se producen en la escena?.



Páginas 14 y 15. Fotograma FTCH con detalle, Archivo audiovisual- Rodrigo Del Villar, EUA, 2025.



Sociología de la individualización y la distinción del hardcore punk

Definida la escena como un concepto que puede ayudar a entender el HC podemos observar qué hace socialmente: cómo crea vínculos, establece normas o cómo distribuye prestigio entre sus participantes. Para responder, retomo tres perspectivas de la sociología: Émile Durkheim estudió la manera en que las normas y los rituales mantienen unidos a los grupos; Zygmunt Bauman analizó la fragilidad de los vínculos en sociedades cada vez más individualizadas; y Pierre Bourdieu mostró que los gustos culturales no sólo unen a las personas, sino que también producen distinciones y jerarquías.

Durkheim, sociólogo clásico, utilizó el término anomia para describir situaciones en las que las normas compartidas pierden fuerza y dejan de orientar la conducta de los individuos. No se trata simplemente de desorden o rebelión juvenil, sino de una debilidad de los marcos colectivos que dan sentido, límites y expectativas a la vida social. Desde esta perspectiva, la diferenciación entre personas y grupos puede producir solidaridad cuando existe algún tipo de regulación común; cuando esa regulación falla, aumenta la sensación personal de desconexión.

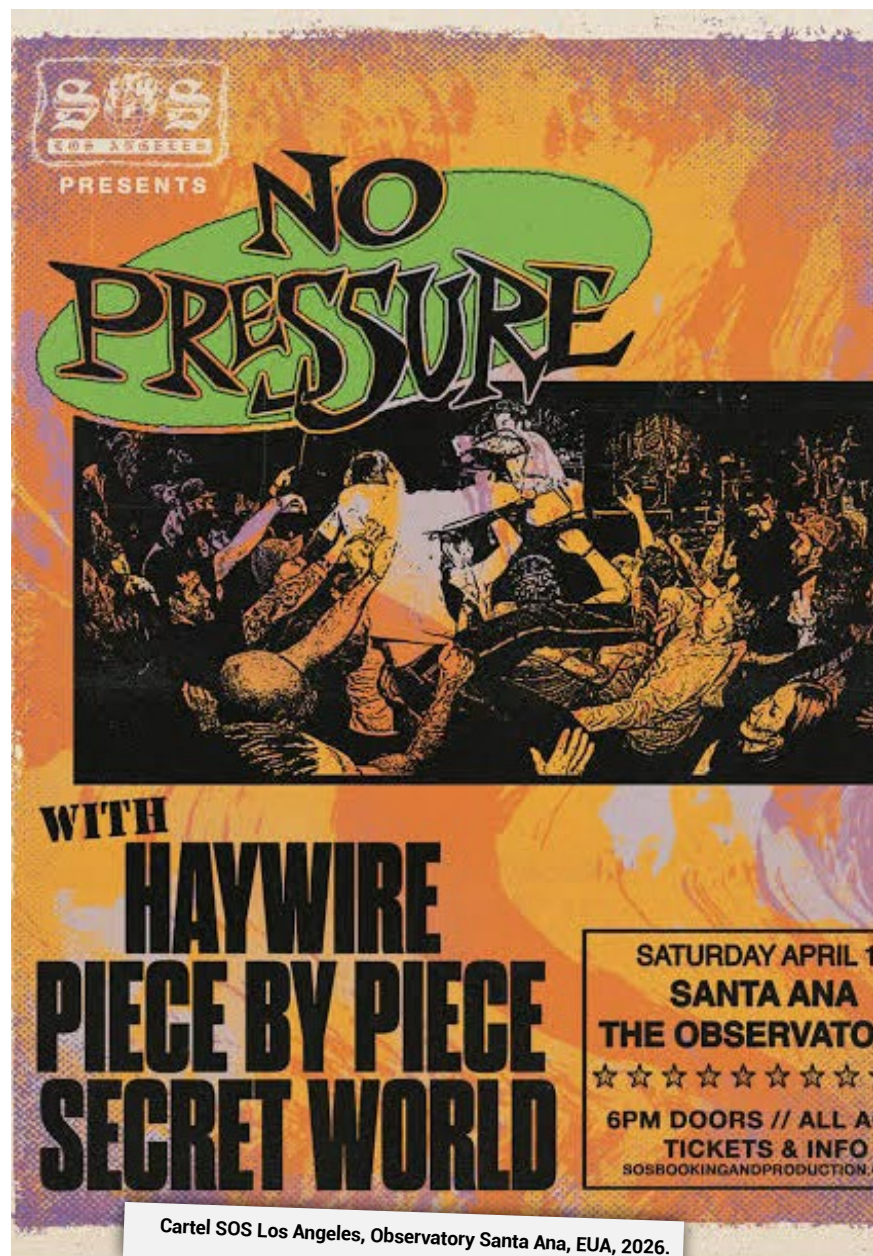
Aplicada al HC, esta idea permite entender la escena como una forma parcial y alternativa a lo cotidiano, de reconstruir tanto normas, como vínculos. Frente a experiencias de aislamiento, desafección o falta de identificación con las instituciones dominantes, la escena ofrece códigos, espacios y criterios de pertenencia. No elimina las causas sociales de esa desconexión, pero proporciona un marco alternativo en el que ciertas experiencias individuales pueden convertirse en problemas, valores y prácticas compartidas (Císař & Koubek, 2011).



La perspectiva sociológica clásica también establece que los rituales ayudan a producir y renovar la vida colectiva. En el HC, existen una serie de prácticas que pueden analizarse como rituales: los conciertos, el *mosh*, el *slam*, la cercanía entre la banda y el público o la "X" del *straight edge*. Estos elementos no son únicamente rasgos visuales o formas de entretenimiento. Permiten reconocer a otros participantes, reafirmar la pertenencia y experimentar corporalmente la relación con el grupo. Sin embargo, la solidaridad que producen no implica una comunidad completamente armonizada, ya que, como en otras tantas escenas, puede coexistir con rivalidades, agresiones y exclusiones.

En términos sociológicos más contemporáneos, Bauman explica a través de estudiar sociedades actuales, que los vínculos colectivos tienden a ser más frágiles y las personas deben enfrentar numerosos problemas como si fueran asuntos individuales. En ese contexto, una escena musical puede generar relaciones intensas allí donde instituciones como la familia, la escuela, el trabajo o la política han perdido parte de su capacidad de integración. Aun así, esos vínculos no siempre son duraderos: pueden ser intermitentes, precarios y depender de espacios, bandas y circuitos culturales cambiantes.

Su reflexión sobre quienes están considerados fuera (Bauman, 2005) también permite pensar algunas experiencias presentes en el hardcore. Si bien no todos los que asisten a conciertos se encuentran social o económicamente excluidos es posible entender que ciertas personas no se sienten atraídos a la cultura dominante. Para estas personas, la escena convierte esas experiencias en formas reconocibles de pertenencia, aunque no borre necesariamente las diferencias de clase, género, origen o acceso existentes entre quienes participan.



Cartel SOS Los Angeles, Observatory Santa Ana, EUA, 2026.

También desde la sociología de la segunda mitad del siglo XX, Bourdieu permite observar el otro lado de esa integración. Según su perspectiva, los gustos culturales no sólo acercan a quienes comparten ciertas preferencias: también clasifican, separan y jerarquizan. Dentro del hardcore, conocer la historia del género, identificar bandas poco conocidas, participar en prácticas DIY, dominar determinados códigos corporales o rechazar lo comercial puede otorgar prestigio. La autenticidad funciona así como un recurso simbólico que permite ser reconocido y adquirir autoridad dentro de la escena.



A close-up photograph of a hand holding a lit cigarette. The hand is positioned in the lower right, with the cigarette held between the fingers. A plume of white smoke rises from the tip of the cigarette, drifting towards the upper left. The background is dark and out of focus, featuring several bright, circular bokeh lights in shades of blue, purple, and orange. The overall mood is moody and atmospheric.

La diferenciación del hardcore no consiste únicamente en la aparición de nuevos subgéneros. También produce criterios para decidir quién posee legitimidad, experiencia o prestigio. La pureza ética, el aumento de radicalidad política, el conocimiento histórico, la pertenencia territorial, la intensidad corporal, la sobriedad o el compromiso comunitario pueden convertirse en marcas de distinción. Los participantes no ocupan posiciones equivalentes ni tienen la misma capacidad para definir qué se considera auténtico.

En este sentido, la escena cumple una función parcialmente contraria a la anomia: produce normas, rituales y vínculos capaces de responder a ciertas experiencias de desconexión. Sin embargo, no elimina las desigualdades de la sociedad de la que forma parte. Integra y distingue al mismo tiempo. Igual que en su precursor, el punk, la solidaridad puede generar pertenencia, pero también jerarquías, vigilancia y exclusión.

Foto: Dominik Türk (CC), <https://goo.su/lwxZK9>



Promesas cumplidas e incumplidas y contradicciones internas

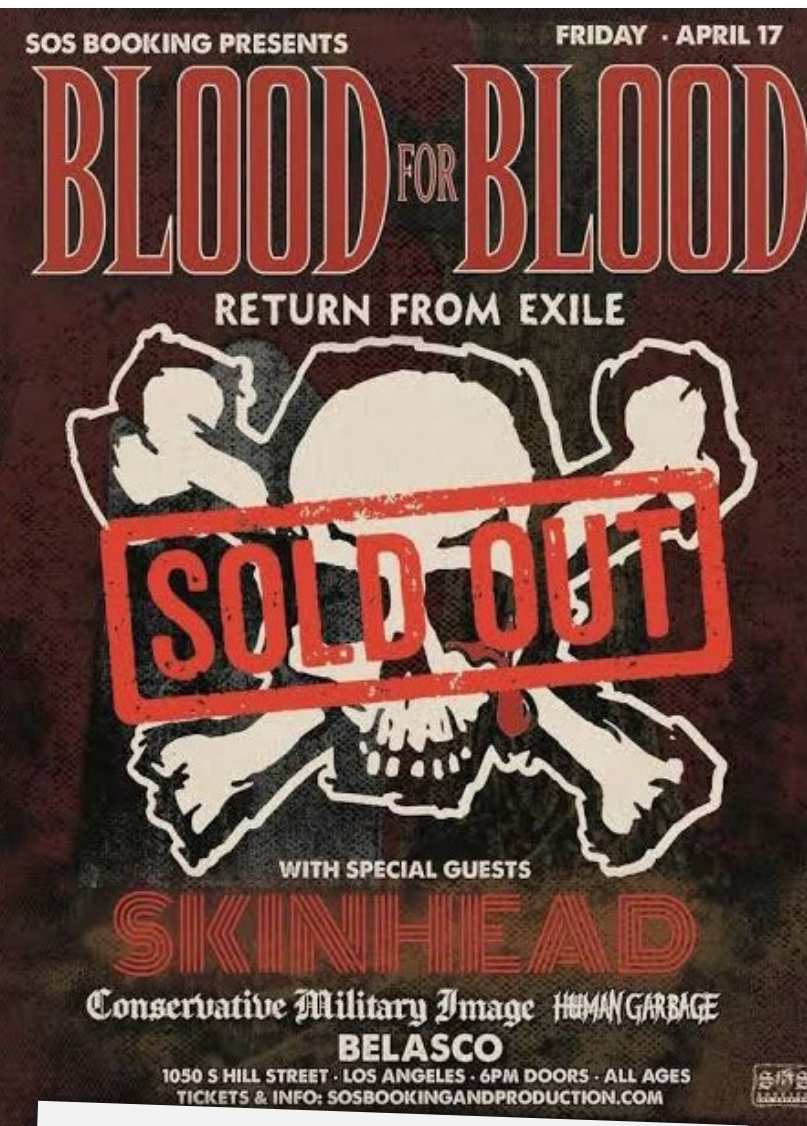


La capacidad de la escena para producir solidaridad no garantiza que sus ideales políticos se realicen de manera igualitaria. Históricamente, distintas corrientes del hardcore han promovido discursos anticapitalistas, críticas a la opresión sistémica, demandas de justicia social, rechazo de las jerarquías e ideales de igualdad. Sin embargo, esas posiciones conviven con diferencias de género, clase, raza, edad, territorio, prestigio interno y autoridad simbólica.

Las ciencias sociales, nos permiten precisar la forma organizativa de estas expresiones. El hardcore y sus corrientes no funcionan necesariamente como movimientos sociales tradicionales, dotados de sedes, líderes, membresías formales o campañas centralizadas (Haenfler, 2004). Operan como movimientos difusos, descentralizados e incorporados a la vida cotidiana, cuya continuidad depende de símbolos, conciertos, canciones, redes, infraestructuras culturales y prácticas compartidas.

Esta organización combina acciones individuales con identidades colectivas. Decisiones como no beber, no consumir drogas o adoptar una disciplina ética adquieren un significado social cuando se inscriben por ejemplo en tendencias radicales del HC como es el straight edge. La responsabilidad personal puede convertirse así en participación colectiva; no obstante, también puede transformarse en vigilancia moral, competencia por autenticidad o instrumento de exclusión.

Las escenas hardcore no constituyen espacios políticamente puros. Pueden ampliar las posibilidades de pertenencia y acción colectiva, pero también reproducir normas masculinas, jerarquías y desigualdades presentes en la sociedad circundante, prueba de ello es la invasión de los punks nazis en estas escenas. La distancia entre sus ideales y sus prácticas forma parte del problema sociológico, no una anomalía exterior a la escena.



Cartel Blood of Blood, Los Angeles, EUA, 2025.

**“NEVER TRUST A
HARDCORE KID
THAT HAS NOT LISTENED
TO PUNK ROCK”**



**AGNOSTIC FRONT'S
ROGER MIRET**
GODFATHER OF HARDCORE

"Never trust a hardcore kid that has not listened to punk rock" Roger Miret
(Agnostic Front) <https://goo.su/Vluoux>

Visibilidad, autenticidad y mainstream



a discusión sobre el idealismo juvenil en la sociología permite cuestionar la idea de que la fragmentación de las culturas juveniles haya destruido su capacidad de resistencia (Lorr, 2007). Más bien, esas resistencias se han desplazado, diversificado y vuelto menos centralizadas (Blackman, 2005). Hoy, la escena hardcore no puede explicarse únicamente desde el romanticismo de la vieja escuela ni desde la caricatura del punk que no entra al concierto, se queda bebiendo afuera y acusa de "vendida" a cualquier banda que gana visibilidad.

El sótano, la casa okupa, el concierto pequeño y la ética DIY siguen siendo referencias fundamentales para comprender la historia y los valores de la escena, pero ya no bastan para describir sus formas actuales de producción, circulación y participación. Hoy en día el hardcore también se mueve ahora entre festivales tanto mainstream como de precios sumamente elevados, plataformas digitales, sellos independientes, grandes promotoras y públicos mucho más amplios, sin que esa expansión implique necesariamente la desaparición de toda postura crítica.

Por ejemplo, la trayectoria de Turnstile resulta especialmente ilustrativa de esta tensión. Surgida del circuito hardcore, en específico de la escena de Baltimore, esta banda alcanzó una proyección mucho mayor a partir de *Glow On* en 2021, un álbum que suena enérgico con algunos de los códigos del género, pero los combina con elementos del rock alternativo, el pop, la electrónica y otros registros sonoros. Esta apertura estética favorece su circulación fuera de los espacios especializados y su presencia en posiciones destacadas dentro de festivales internacionales de gran escala (Festival de música y artes, *Coachella*, por ejemplo). Más que presentarla como la primera banda de raíces hardcore que accede al mainstream, resulta más preciso entenderla como uno de los casos contemporáneos más visibles de tránsito entre una escena subcultural, el reconocimiento crítico y la exposición masiva.



Cartel de Aftershock, 2023. <https://aftershockfestival.com/>
Cartel de Bonnaroo music & arts festival, 2026. <https://www.bonnaroo.com/>
Cartel Tecate pa'l norte, 2026. <https://www.tecatepalnorte.com/>

Su recorrido permite observar una nueva etapa en la difusión del hardcore y de sus derivados. Existen precedentes parciales en otros circuitos vinculados con el punk, el emo y el rock alternativo, como la ampliación de públicos que acompañó a *Dookie* de Green Day (1994), *Dear You* de Jawbreaker (1995), *Static Prevails* de Jimmy Eat World (1996) o *Dude Ranch* de Blink-182 (1997), todos estos discos que fueron grabados en sellos discográficos de gran escala (Ozzi, 2021).

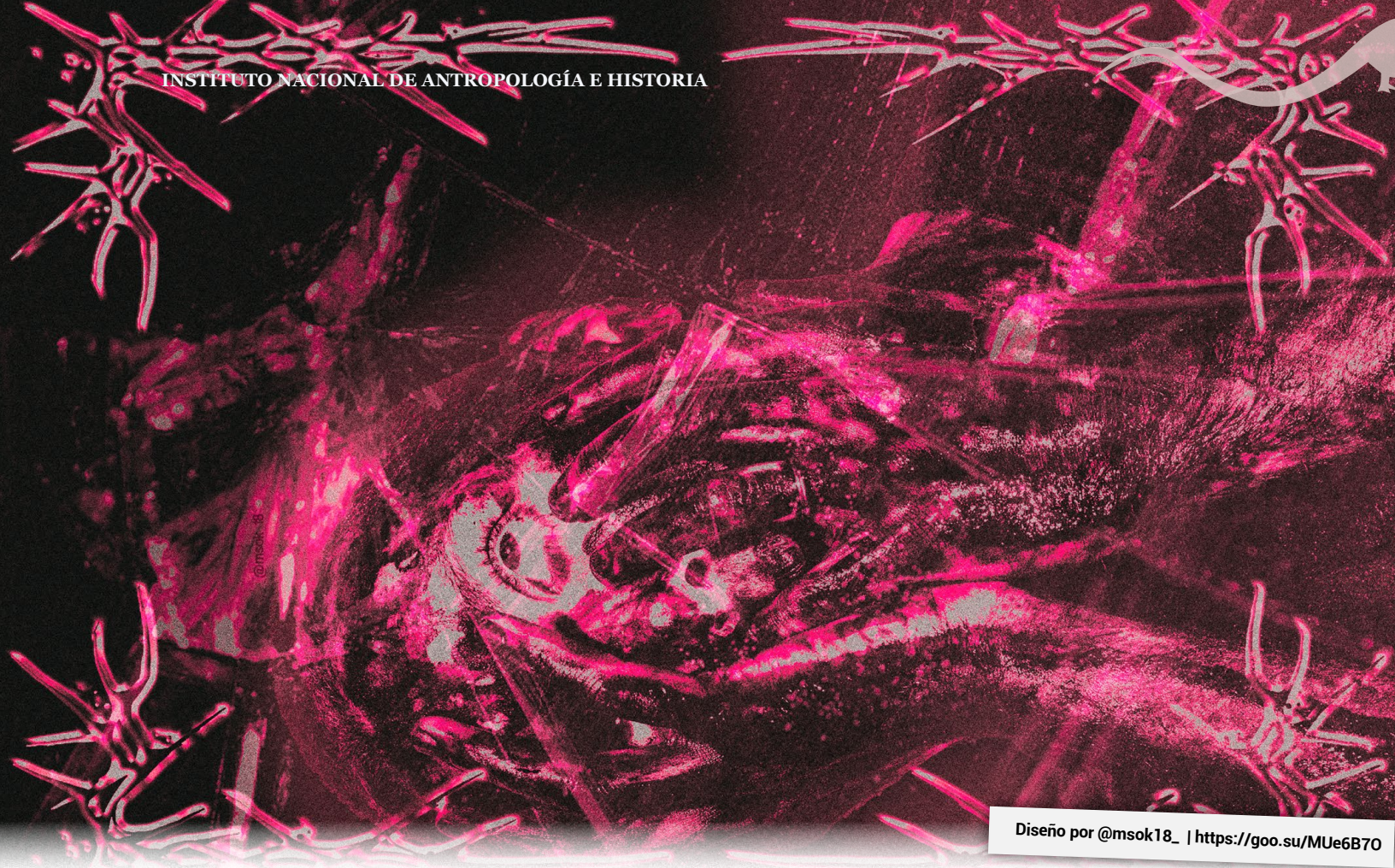
Estos casos no son equivalentes entre sí ni reproducen exactamente la trayectoria de Turnstile, pero permiten observar una tensión recurrente entre identidad subcultural, transformación musical, exposición pública y expansión comercial. Al menos pueden mencionarse dos antecedentes: cuando el *Glam* o *Hair Metal* ocupaba un lugar central en la industria, bandas como Discharge o SSD se quisieron subir a ese tren, se acercaron a esa estética y modificaron de manera visible su sonido; años después, durante el auge del Nu - Metal, incluso Earth Crisis (2000) publicó *Slither*, un disco marcado por ese sonido.

¿Basta esto para afirmar que dichas bandas abandonaron sus valores? Más que reducir el problema a si una banda se "vendió", conviene analizar qué elementos de su identidad conserva, cuáles reformula y cómo cambia su relación con la escena cuando comienza a circular en espacios de mayor alcance.

Considero que la visibilidad no implica automáticamente que una banda deje de pertenecer a la escena, aunque tampoco garantiza que sus códigos permanezcan intactos. Cuando un proyecto alcanza públicos más amplios, su estética puede comercializarse, sus signos pueden separarse de sus significados originales y su imagen puede atraer a consumidores poco interesados en la ética que la produjo. Sin embargo, esa misma exposición también puede ampliar la circulación de determinados sonidos, valores y posibilidades de participación. La cuestión no consiste en decidir de forma automática si una banda sigue siendo "auténtica", sino en observar cómo cambian sus relaciones con los públicos, las infraestructuras, el mercado y los criterios internos de reconocimiento.

Diseño por @msok18_ | <https://goo.su/MUe6B70>





Diseño por @msok18_ | <https://goo.su/MUe6B70>

Moore (2010) permite interpretar esta contradicción como parte de la lógica del capitalismo posfordista, capaz de incorporar culturas de nicho y convertir la diferencia, la autenticidad y la resistencia en mercancías. Por ello, el éxito de Turnstile en circuitos más amplios no debe leerse simplemente como la popularización definitiva del hardcore ni como una traición automática a la escena. Representa una nueva configuración de la tensión entre pertenencia y mercado, ética y consumo, autonomía y visibilidad.

El hardcore también circula como producto: se vende, se escucha, se viste, se fotografía y se consume. Su importancia cultural no reside en permanecer completamente fuera del mercado —algo difícil de sostener—, sino en conservar la capacidad de producir lenguajes de diferencia, marcos éticos y experiencias de pertenencia incluso dentro de condiciones comerciales. Esa capacidad nunca está garantizada: se negocia, se disputa y puede debilitarse. Precisamente por ello, la relación entre escena y mercado debe analizarse como una tensión permanente y no como una oposición absoluta.

En conclusión, el hardcore puede entenderse como una formación cultural contradictoria: nace del punk, se diferencia de él, produce escenas propias y termina convertido también en mercancía. Sin embargo, su importancia no reside en mantenerse puro o completamente fuera del mercado, sino en su capacidad para organizar formas de pertenencia, diferencia e individualización. La escena permite que decisiones personales —escuchar cierta música, participar en conciertos, sostener una ética DIY, rechazar determinadas prácticas o adoptar códigos específicos— adquieran sentido colectivo. Por eso, el hardcore no es solo un género ni solo un producto cultural: es una red de prácticas donde la autonomía, la autenticidad, la comunidad y el consumo se disputan constantemente.



Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Paidós.

Bennett, A., & Guerra, P. (2019). Rethinking DIY culture in a post-industrial and global context. In *DIY Cultures and Underground Music Scenes*. Taylor & Francis.

Blackman, S. (2005). Youth Subcultural Theory: A Critical Engagement with the Concept, its Origins and Politics, from the Chicago School to Postmodernism. *Journal of Youth Studies*, 8(1), 1–20. <https://doi.org/10.1080/13676260500063629>

Blackman, S. (2014).

Subculture Theory: An Historical and Contemporary Assessment of the Concept for Understanding Deviance. *Deviant Behavior*, 35(6), 496–512. <https://doi.org/10.1080/01639625.2013.859049>

Císař, O., & Koubek, M. (2011).

Include 'em all?: Culture, politics and a local hardcore/punk scene in the Czech Republic. *Poetic*, 1–21. <https://doi.org/10.1016/j.poetic.2011.12.002>

Haenfler, R. (2004).

Collective Identity in the Straight Edge Movement: How Diffuse Movements Foster Commitment, Encourage Individualized Participation, and Promote Cultural Change. *The Sociological Quarterly*, 45(4), 785–805.

Haenfler, R. (2006). *Straight Edge Clean-Living Youth, Hardcore Punk and Social Change*. Rutgers University Press.

Kuhn, G. (2010). *Sober Living for the Revolution: Hardcore Punk, Straight Edge, and Radical Politics*. PM Press.

Kuhn, G. (2019). *Straight Edge and Radical Sobriety*. PM Press.

Lorr, M. (2007). On the Nature of Resistance: The Chicago Hardcore Punk Scene and Levels of Opposition to the Dominant Culture. *Semantic Scholar*.

Moore, R. (2010). *Sells Like Teen Spirit: Music Youth Culture and Social Crisis*. New York University Press.

Tsitsos, W. (1999). Rules of Rebellion: Slam dancing, Moshing, and the American Alternative Scene. *Popular Music*, 18(3), 397–414.

Waksman, S. (2004). California Noise: Tinkering with Hardcore and Heavy Metal in Southern California. *New Technologies and Music*, 34(5), 675–702.



Ilustración: Taite Ariza, 2026



Cultura
Secretaría de Cultura



INAH

